

FSAS
052.

Juan Díaz

01

(Escenas de la vida colombiana)

Novela original

por

José María Samper.

1888.

Cap. I

Tierra caliente y tierra fría.

Don Ferónimo Díaz era un hijo auténtico de las llanuras de Campoalegre, parte interesante de la antigua provincia de Neiva, que desde 1862 compuso, por ministerio de la revolución federalista, el Estado soberano del Tolima. Largo, flaco, cartilaginoso, de cutis blanco mate, ojos y cabellos negros, andar un tanto peregrino, brazos ~~manos~~ y cuerpo muy ágiles, voz breve y apagada, genio franco y sencillez y buen humor poco alterable y siempre listo para el trabajo, don Ferónimo pertenecía á una notable y acomodada familia de aquellas en que abunda la raza española, tal como se ha aclimatado y modificado en las llanuras y vegas del Tolima. Ferónimo ~~inteligencia~~ perspicaz y buen corazón, se había criado y formado entre las vacas y los cachudos (que así llaman á los toros) de Neiva, Campoalegre y el hato, y debía su riqueza principalmente á negocios hechos honradamente con cacao y novillas durante largo tiempo.

~~Poco antes~~ ^{Después} de hacer la campaña de 1860, á ordenes del General López, ^{en defensa del Gobierno} contra la ~~rebelión~~ ^{rebelión del General Mosquera} ~~del General Mosquera~~, en calidad de voluntario patriota, había contraído matrimonio, y de éste tenía tres hijos: Juan Vicente, el mayor, nacido á fines

04

de 1852, y Rosita y Josefita, tres años la primera y cuatro la segunda, menores que el primogénito. No obstante la situación penosa en que por muchos años se hallaron los vencidos después del triunfo de Mosquera y la Revolución, don Ferónimo era feliz. Su esposa, doña Tacinta Perdomo, le idolatraba y era una excelente mujer; sus hijos crecían sanos, robustos y bien inclinados; era bien quisto de todos en Neiva y Campoa Alegre, y tenía un capital bien ganado y que le procuraba relativa seguridad y comodidades.

Decimos relativa seguridad, porque la desamortización de bienes, los fuertes y variados pechos que se habían establecido para sostener diez Gobiernos soberanos, las dictaduras militares, las sotrapías creadas con nombre de ~~tal~~ los tales Gobiernos, las intrigas y violencias electorales, el predominio social de los rábulas en todos los lugares pequeños, y la operiza que el partido gobernante en la República, y en desde 1863, mostraba al Clero y á la religión de los Colombianos, eran motivos propios para causar intranquilidad en todas partes, prometiendo ~~para~~ escasa seguridad á las personas y los intereses.

En 1876 tuvo don Ferónimo el gran dolor de perder su cara esposa, y á su viudez se añadieron otras penas. El

se imponía como un agravio para todos; que la libertad no era el medio de realizar el fin de la reunión social; — el bienestar común, en la justicia y en el orden, — y que era lícito á los que por fraude ó violencia esaltaban las curules de los legisladores, dar á la so ciedad leyes contrarias á la eterna ley de su desarrollo natural y de su vida inofensiva, según las ineludibles disposiciones de la divina Providencia.

Gobierno que en el Tolima impuso el radi-
calismo, por consecuencia de la guerra
civil, cambió todo el orden de cosas que
había existido, y dictó leyes, que aun se
querían aplicar por muchos con efecto
retroactivo, entre las cuales la más in-
cua y atentatoria fué la que impuso
el matrimonio civil como forzoso, decla-
rando sin valor legal ni efectos civiles
los matrimonios puramente eclesiásticos,
y aun imponiendo severísimas penas á
los sacerdotes que diesen la bendición á
cónyuges no casados civilmente primero.

Don Jerónimo se había casado irri-
camente ante la Iglesia, como lo había
hecho todo buen cristiano que no estaba
en autos de la al tanto de las ideas ra-
dicales, y no faltaban hombres malig-
nos que le acusasen de haber vivido en
concubinato, ante la ley, propalando
que sus legítimos hijos tan amados no e-
ran tales hijos. Ello fué que el buen Don
Jerónimo, exasperado, resolvió un día
vender sus propiedades y ganados, ale-
jarse del Tolima y pasar á establecerse
en Cundinamarca, donde esperaba po-
der educar bien sus hijos y vivir tranqui-
lo, libre de rébular y molestias. Tanto
más en efecto, le agradó tomar este parti-
do, cuanto le era ya muy penoso vivir
en Neiva ó Campoalegre sin su esposa.

En efecto, realizó cuanto tenía, com-
pró casa en Bogotá para establecerse allí,

V. ofo al párrafo adicional 1.

y en breve fué dando giro á nuevos negocios mediante la compra de dos ó tres casas en la ciudad de La Mesa, y de dos haciendas de cañas, trapiche y pastales, ubi cadas no lejos de allí, la uno en el valle del Bogotá y la otra en el del Apulo. ^{Juan} Vicente adelantó sus estudios en colegios particulares, y después entró á estudiar ciencias naturales y medicina en la Universidad nacional, y Pasita y Josefita recibieron educación primero en el convento de la Enseñanza ó Santa Gertrudis, y posteriormente en el colegio de la Merced, siempre en calidad de internas. De esta suerte, Don Terónimo podía bajar con frecuencia á La Mesa (antiguamente llamada La Mesa de Juan Díaz), y atender á sus propiedades y negocios, y durante las vacaciones de Noviembre á enero le acompañaban allí sus hijos.

Hacia ^{vel mer de} ~~mediados~~ ^{Marzo} de 1884, cuando ~~ocurren~~ ^{ocurren} los primeros incidentes, en Bogotá, de la historia que vamos á narrar, los negocios de D. Terónimo prosperaban, y él vivía contento, viendo ya concluida la educación de sus hijas en Colegios, que había de perfeccionarse con buenos profesores en la casa, y á punto de graduarse Juan Vicente estudiando ó haciendo sus cuatro últimos cursos para graduarse, al fin del año, doctor en medicina.

Doce días llevaba D. Terónimo de estar

indispuesto, sin atribuir importancia alguna á su achaque, pues ~~el~~ ^{su} médico le había asegurado que aquello era una afección nerviosa pasajera. Juan Vicente, en uno de aquellos días, salía tranquilamente de los claustros bajos de San Juan de Dios, local de la Escuela de Medicina y del primer hospital de la ciudad; acababa de ~~estar~~ ^{salir} ocupado de la clase de Medicina legal, y aguardaba la llegada del profesor de alta Cirugía para asistir á una importante operación que estaba anunciada.

Alumbra el sol con vivísimo esplendor las calles de Bogotá, poco después de haber caído un fuerte aguacero, y en la de San Juan de Dios se oía sonar aquí y allá el ~~seco~~ ^{sorteo} martilleo de las zapaterías y talabarterías y el estridente y agudo de las hojalaterías (que llaman hojalaterías), en tanto que la gente de toda condición pasaba, más ó menos afanosa, ya subiendo hacia la calle de Floriana, ya descendiendo hacia la plaza de San Victorino, cuartel general de Omnibus y coches de alquiler y de burros ~~y~~ ^o carros cargados de yerba.

En el principal y antiguo portal de San Juan de Dios, que lo había sido del hospital y no era ya sino la entrada de la Escuela de Medicina y del Anfiteatro anatómico, habíase

formado un numeroso grupo de estudiantes, unos parados en el portal mismo y hacia afuera en la calle, y otros un tanto dispersos en el vasto y casi cuadrado plazaman. Aquellos estudiantes, por lo general muy decentemente vestidos, conversaban o reían sin hacer mayor ruido, veían pasar la gente sin hacer mofa de persona alguna, y parecían distinguirse por su compostura. Tenían todos ellos no sé cierto aire de seriedad que llamaba la atención e inspiraba confianza, y esto era tanto más notable, cuanto formaban patente contraste con las patanesas y descreídas turbas de viejos de quince á veinticinco años que en las escuelas de Literatura, Filosofía y Jurisprudencia (del Colegio de San Bartolomé) y en las del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se distinguían por su impiedad, su insolente grosería, sus licenciosas costumbres y su espíritu revoltoso, excitado, por con miras interesadas, por ciertos políticos de mala ley que hacia de la Juventud un instrumento oficial ó semioficial de audaces maniobras.

Cosa interesante y significativa era la moderación, llena de compostura, de los estudiantes de medicina,

No dejaban de tener algunos de ellos sus puntos ó puntos de materialismo, inclinación tal vez inevitable mientras el espíritu ⁺falto de experiencia del mundo y ⁺habituaado solamente á considerar un aspecto de la vida, ⁺⁺⁺el de la materia orgánica ó inorgánica, sin abarcar el conjunto de lo creado, ni los ideales del alma, — está bajo la influencia exclusiva de algunas ciencias naturales y de la fisiología y la anatomía. Pero si en su fuero interno podían abrigar algunos jóvenes algo ó mucho de un materialismo inconsciente, cuando no infiltrado, su conducta social, servía de modelo á la buena. Juventud de las escuelas, aun cuando no fuese imitada. Jamás se les veía en las barras de los cuerpos legislativos haciendo bulla; jamás en los lugares corrillos públicos burlándose de la gente inofensiva ni molestando á nadie; nunca redactando hojas sueltas ni papeluchos políticos, amenazantes ó difamantes, en són de patrióticos; nunca en parrandas ó paseos escandalosos ó impropios de jóvenes decentes.

¿A qué ^{causa} atribuir la excepcional buena conducta de los alumnos de la Escuela de Medicina? Podía creerse, y con razón, que la general gravedad del cuerpo de profesores médicos, notoriamente

respetable, imprimía en todos los alumnos cierto carácter de formalidad y seriedad, y el hábito de mirar con respeto cuanto se lo merecía. Podía pensarse también que los profesores, conforme á la honrada neutralidad de la profesión médica, apartaban á sus discípulos de las agitaciones y borrascas de la política, y les daban ejemplo de ^{vaguedad} moderación y cultura sin cuya práctica no se visita, para combatir dolores y achaques, el santuario de la familia. Por último, podía imaginarse que los estudiantes de medicina, habituados desde temprano á ver la muerte de cerca, á luchar con ella á brazo partido, y á sentir la majestad con que impone su terrible imperio, hubiesen ido adquiriendo cierto grado de filosofía, respeto por todo lo sublime y sagrado, de filosofía, ciencia que se resume en estas dos ideas: la adoración consciente de Dios y el amor al prójimo. *yy*

^{Como quiera, ello}
~~Ello~~ era que los estudiantes de San Juan de Dios veneraban todo á precio, y que en el día á que nos referimos departían tranquilamente en su portalada de líquubres tradiciones. En el grupo exterior se hallaba Juan Vicente Díaz, á quien de ordinario llamaban simplemente Vicente. *Veinte*

años cumplidos tenía este joven, y era, como su padre, alto, delgado y de ligera musculatura, gran nadador y buen jinete, suave de carácter, algo comunicativo y sencillote, poco locuaz y de honradas inclinaciones, y, como su padre también, tenía los ojos y cabellos negros y el cutiz de color blanco mate — el inequívoco matiz neivano, — bien que ya suavizado y algo sonrosado por la acción del clima frío de Bogotá. Al verle y verle hablar no más, echábase de ver que el mozo tenía muy buen sentido, pero sin una inteligencia privilegiada, y que era modesto y apacible, aunque de ánimo resuelto.

Había entre los demás estudiantes de los grupos de la portería no poca diversidad de tipos, y cada cual se distinguía por algún rasgo particular. Notábase en dos ó tres Antioqueños los rasgos de la fisonomía judaica, y en su modo de hablar, ora una especie de canto con mezcla como de gemidos cadenciosos, ora un acento menudito y sacudido como de quien habla ligero y á retacidos por economía de tiempo. Había por allí un Santandereño, notoriamente positivista, serio, de pocas palabras, de carácter firme y enérgico, de cara angulosa que tenía mucho de aragonesa ó catalana, y muy aplicado al estudio. Habían

á conocer que eran costeros, otros dos que
 eran muy morenos (el uno cuarterón),
 vivos de imaginación, inquietos en
 sus movimientos y en la acción
 de las manos, locuaces por extremo
 y muy gritones, y fácilmente filia-
 bles por un aire de manifiesta
 pero inconsciente petulancia. Véase
 también un Boyacense con no sé que
 aire tieso de mantuano, como de hijo
 de encomendero del siglo XVII, buen
 mozo, ~~valeroso~~ ^{auspicio}, estirado y como pa-
 gado de sí mismo y poco averido
 con su corbata de tres colores y su
 cuello muy tieso de blanco lino, y,
~~andaba también por~~ por lo demás,
 servicial y valeroso; y andaba tam-
 bién por allí un Caucaño auténtico,
 galante y belicoso, muy enamorado
 y amigo de divertirse á su sabor,
 artista en sus dejes y ademanes, va-
 luntarioso, de fisonomía garbosa, y
 siempre montado en su caballito, es-
 to es "en el heroísmo y los altos destinos
 del Cauca".

Departaban todos aquellos jóvenes
 sobre diversas nadas ó sobre vértebras,
 vísceras, músculos, síntomas y otras
 cosas caducífulas de la medicina,
 cuando llegaron delante de la por-
 tiería tres jóvenes imberbes que pa-
 recían venir del barrio más bajo
 de la ciudad y dirigirse hacia el centro

de ella.

— ¿Qué hacen aquí ustedes? ^{preguntó} dijo uno de los tres, que se detuvieron delante de la portería.

— Pues qué hemos de hacer, sino aguardar la hora de clase, — contestó uno de los alumnos de Medicina.

— Bah! — repuso el mayor de los tres — Qué clases ni qué niño muerto. Hoy no debe ser día de estudio.

— Por qué?

— Porque hay gran función patriótica.

— ¿Qué función es esa?

— Hoy habrá gran debate en el Senado.

— ¿Y qué tenemos con eso? — interrogó uno de los Calen Esculapio en cirujano.

— Como si tenemos! Hay que ir a la barra a sostener a los oradores que defienden la buena causa.

— ¿Y cuál es la buena causa?

— La nuestra! la del progreso indefinido y la Salud Pública.

— ¿Y de qué manera vais a sostener a los oradores de la Salud Pública.

— Con gritos, con golpes en las bancas, con aplausos, y si es necesario, con gritidos y silbidos para los contrarios.

— ¡Buen modo de defender el progreso indefinido! observó con sorna un estudiante de Medicina legal.

— ¡Ah! lo exige el patriotismo! exclamó el político de diez y ocho años que adoraba a la Émigrante Sociedad bullanguera

y conspiradora de la Salud pública.

— Y luego... — añadió uno de sus compañeros, del todo imberbe, — nos han recomendado mucho que hagamos ahora lo mismo que en el año pasado.

— ¿Estudiar literatura y filosofía?

— No; hacer bochinche.

— Pues buen provecho les haga! — dijo un cirujarito, volviendo la espalda á los tres políticos, que entre juntos no contaban medio siglo.

— Ven con nosotros, calentano! (1) — repuso el ~~primero~~ decano de aquellos defensores del progreso, dirigiéndose á Juan Vicente Díaz.

— Si estoy ocioso, ni tengo las perversas ideas de Ustedes.

— Ah! sí; pero tienes un par de hermanitas... muy graciosas.

— Cállate, insolente! tú no debes nombrar siquiera á mis hermanitas, y si vuelves á hacerlo.....

— Qué?

— Te daré unos buenos coscorrones, que es lo que mereces.

— Ah! verdad; yo olvidaba que tú eres godo.

— Eso no te importa, truhán!

— Sí; godo y regodo.

— Largo de aquí, cachifo malcriado! (2).

(1) Calentanos llaman en Bogotá á los habitantes de las tierras calientes ó nacidos en ellas.

(2) Dábase en Bogotá la denominación de

El gran patriota no se lo hizo decir dos veces, pues vió irritado á Juan Vicente y éste podía darle una par de bofetones poco agradables. Desfiló calle arriba con sus compañeros, y se fué por esas calles burlándose de todo ser viviente.

— Vamon, Vicente! pues ^{v se} te iba ^{subiendo} ~~arriba~~ ya á las narices, la mostaza, — dijo uno de los condiscípulos del interpelado.

— Es verdad. Fué saber que soy muy tolerante en política, cosa de que evito hablar, pero ese muchacho insolente, metido á patriota y defensor de una Salud que es la peste, me carga sobre manera.

— No debes hacerle caso.

— Es que tiene la insolencia de pasar frecuentemente por el pie de las ventanas de mi casa, y dirigir audaces miradas y chicolos á mis hermanas.

— Ya! con las ideas que tiene, no es de extrañar que

— Pero yo voy á darle una lección: el día menor pensado he de salir al ya quán de casa, donde se planta ese mo que patriota mocoso, y de darle una tunda de lo bueno.

— Bien pensado!

— Y á propósito, Vicente: ¿cómo sigue tu padre?

cachifo á los estudiantes de menores en la la linidad, y ahora la dan, por ampliación á todo muchacho ó chico de la clase de de cente.

— Su mal no es de cuidado, según dice el doctor H; pero... francamente, no estoy tranquilo: noto que mi padre tiene un aspecto muy quebrantado, y que su respiración es algo laboriosa.

— Pues cuídalo mucho.

— Así procuro hacerlo, pero de modo que el mismo no se inquiete ni alarme.

— Ah! ya viene el doctor Rubio: vamos al Anfiteatro! — interrumpió otro el estudiante, al ver que venía hacia la portería, calle abajo, el renombrado profesor de cirugía.

En un momento quedó solitaria la portería, y todos los estudiantes, acompañando al doctor Rubio, entraron en el claustro adyacente, atravesaron el gran patio, y fueron á tomar asiento en el Anfiteatro, en subieron por la grande escalera de piedra y fueron á presencia la operación quirúrgica y ayudar en ella al profesor.

Cap II.

Lo irremediable.

Sería la una de la tarde, y salían el profesor y sus discípulos de la sala donde habían hecho la operación de cirugía, con el mejor éxito por cierto, cuando llegaba á San Juan de Dios

muy afanosamente un criado, en soli
citud de Juan Vicente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó éste con an
gustia al ver al criado que venía co
mo demudado.

— Que mi amo Terónimo se muere.

— Dios mío! mi pobre padre!

— Le ha dado un accidente mi fuerte
y está sin sentido.

— El corazón me lo avisaba! — exclamó
Juan Vicente.

Y echó á correr por la calle en
dirección hacia su casa, situada en
la calle 9^a ó de Santa Clara. Detrás iba
el doctor Rubio á toda prisa.

Juan Vicente encontró á sus hermanas
Horacio y en la mayor consternación; en
tró en el aposento de su padre, y le ha
lló sin movimiento, asustado livido
y enteramente rígido. ... Tenía ya bas
tantes conocimientos en medicina para
comprender, desde luego, que su padre
estaba muerto. Sin embargo, hizo todo
linaje de esfuerzos para volverle á la
vida, conservando un vislumbre de es
peranza, cuando llegó el doctor Rubio.

Este, con su golpe de vista y su grande
experiencia, conoció desde el primer ms
momento que nada había que esperar:
la rotura de una aneurisma del cora
zón había ocasionado una muerte ins
tantánea. El buen don Terónimo Díaz
había pasado súbitamente á mejor vida.

Juan Vicente, aunque lloroso y profundamente afligido, supo hacer lo superior á tan tremenda prueba, y llenó todos sus deberes para con su padre. Comprendió que, muerto éste, él mismo había de ser en lo sucesivo el padre de sus hermanas; y desde luego, debiendo hacerse cargo de los intereses de su familia, tomó la resolución de cortar su carrera universitaria, que estaba próximo á completar, ó por lo menos, de suspender por entonces sus estudios mientras fuera necesario.

Vivía en Bogotá una señora ya anciana, doña Petronida Durán, soltera y pobretona, que era prima hermana de D. Jerónimo, y á quien él había servido siempre con la mejor voluntad; y como la buena señora quería mucho á sus sobrinos, podía contarse con ella en la triste situación á que había venido la familia Díaz. Juan Vicente propuso á su tía que se fuese á vivir con él y sus hermanas para que dirigiese y gobernase la casa y sirviese de compañera y como de segunda madre á la Rosita y Josefita, y la buena señora se avino á ello muy gustosamente. De este modo, una vez instalada doña Petronida en las piezas que había ocupado Juan Vicente,

y éste en las que había habitado su padre, pudo ya consagrarse con empeño á poner en claro, judicialmente, la sucesión y asegurar para sus hermanas y para sí mismo la herencia que les dejaba su padre.

Don Jerónimo, como tantos otros capitalistas muy confiados á quienes sorprende el día menor pensado la muerte, no había hecho testamento, ó al menos, no se tenía noticia de que lo hubiera hecho. Juan Vicente inquirió en todas las notarías de Bogotá, y nada halló. Felizmente, los certificados de matrimonio de D. Jerónimo, de ~~su~~ nacimiento y bautismo de sus hijos, y de fallecimiento de su esposa, estaban todos claros y al parecer en regla; la escritura de la casa de habitación de Bogotá, ~~est~~ había sido otorgada expresamente á favor de Juan Vicente y sus hermanas, y eran del todo iratacables las ~~esq~~ escrituras de ventas hechas á Don Jerónimo de sus dos haciendas del Bogotá y el Apulo y sus tres casas situadas en la Mesa. Quanto á semovientes y muebles, muy fácil era comprobar la propiedad que en ellos había tenido don el firmado hijo de Campoalegre. Así, Juan Vicente inició en Bogotá el juicio de sucesión, valiéndose de un buen abogado, y no abrigó temor alguno de contrariedades.

Pero Juan Vicente, en su sencilla honradez, no había contado con la huérfana: no se acordaba de que por ahí en Anolaima tenía unos primos capaces de toda perversidad y en la mesa una tía paterna de quien don Jerónimo jamás ^{había} hablado sin desagrado y tristeza. Si De esta tía y aquellos primos habían de venir por Juan Vicente, amarguras sin cuento.

Librada Díaz (que así se llamaba la hermana de don Jerónimo) había sido en sus mocedades voluntariosa y casquivana, hasta enamorarse perdidamente de un Capitán Pedreros, buen mozo por la figura, pero truhán, perverso y corrompido, insigne jugador de gallos, dados y barajas y no poco dado á la bebida y otros vicios. El donoso Capitán, revolucionario de 1860 de los de peor ley, pidió á Librada en matrimonio, más por hacerse de la dote y dilapidarla que por amor á la muchacha; don Jerónimo se opuso y resistió enérgicamente; Librada metió la cabeza y se casó con su Capitán; y su hermano le entregó religiosamente el haber que le administraba, y ~~el rompimiento~~ ^{entre los dos hermanos} fue de por vida.

Verdad es que, una vez que el Capitán Pedreros derrochó el dote de su mujer y ésta quedó en la miseria y

pasando mil cruzes y trabajos con su brutal marido, don Ferónimo hizo diligencias repetidas para auxiliarla por mano tercera; pero Librada, que era testaruda y soberbia y aborrecía injustamente á su hermano nada quiso recibir. Cierta es también que, cuando Pedreros, ascendido á Sargento Mayor por los méritos del Diabla, murió en 1876 ^{de resultan de heridas que recibió} en la batalla de Garrapata, don Ferónimo se apresuró á ofrecer á su hermana casa en que vivir en Focaima, donde había residido últimamente, y una pensión para sus gastos; pero Librada le contestó con injurias, por medio de la persona que le comunicó aquella noble oferta, y rehusó todo beneficio. Don Ferónimo hubo de apelar á medios indirectos para socorrer á su empecinada enemiga, no sin dificultades.

Por último, cuando don Ferónimo se estableció en Bogotá y compró sus propiedades del departamento de Ferquendama (nombre antiguo), Librada se trasladó á la Mesa, con ánimo de ~~fastidiar~~ ^{fastidiar} allí á su hermano cuanto más le fuera posible; y no pocos desagrados hubo de soportar el honrado campesino, proveniente de la malignidad de la implacable viuda de Pedreros.

Reglas de filosofía experimental:

1^a Por cada cien hombres, hay dos buenos y noventa y ocho malos.

2^a Por cada cien mujeres se cuentan noventa y ocho buenas y dos malas.

3^a Pero cuando un hombre da en ser bueno, es admirable; y cuando una mujer quiere ser mala, es peor que todos los demonios juntos.

La terrible viuda de Pedreros pertenecía á esta ultra-endemoniada ralea. Era mala hasta de vicio, con alma, vida y corazón, y tanto, que no contenta con serlo por su propia cuenta, dió á luz dos hijos dignos de ella y de su Capitán, y les amamantó y educó para el mal. Cuanto á su hostilidad para con su buen hermano, fué implacable en tenerla, valiéndose para ello del chisme, la murmuración y la injuria, esto es, de la lengua, que es el alma de las mujeres malas.

Los hijos de Librada — Pedro y Marcos Pedreros, crecieron en La Mesa como dos pillastres, aprendiendo al go en la escuela pública, pero aprendiendo también á tomar tragos de aguardiente, jugar en los garitos, armar perdencias y ^{engredar} ~~trampas~~ se en trampas. Con todo, tan insupportable era Librada, que ni aun sus hijos la pudieron aguantar el mal genio. Un día la dejaron plantada en su casita mal traída del ^{barrío} ~~barrio~~

del Potrero, y fuéronse á buscar fortuna en Arolaima. Allí fueron los príncipes del billar, los perdonavidas de profesión, los agentes ratos de ciertos personajes cuasi políticos para hacer pilleñas en las elecciones y amenazar á la gente honrada (que es mucha en aquel laborioso pueblo, ~~generalmente~~ de ordinario apreciable), y Pedro se dió de improviso á la profesión de linterillo (que así llaman en Colombia á los que ~~reñebulan~~ ó pican pleitos, por gráfico y expresivo provincialismo), dado que, para ejercerla sólo se necesita contar con los tres Códigos principales, no entenderlos, torturables el sentido, proceder de muy mala fe, ser intrigante y vivo, é ignorar de todo á todo la jurisprudencia y lo demás. Si, de cuando en cuando ocurría en el pueblo alguna paliza, algún suarrario escandaloso ú otra novedad de mala ley, era seguro que los Pedreros andaban en la danza.

Supo la Librada Díaz que su hermano acababa de fallecer, y, no obstante lo resentida que estaba con sus hijos por el abandono en que la habían dejado, les mandó llamar, prometiéndoles que les proporcionaría la ocasión de hacer un gran negocio, el cual les dejó traslucir. Sus dos dignos renuevos se pusieron en camino al punto,

y fueron á la Mesa.

— Buenas tardes, madre — dijo Pedro, primero que entró en la escuela y desmantelada casita que habitaba la viuda.

— Os habéis portado tan mal conmigo, que no merecís la gran fortuna que os quiero procurar; pero ... en fin, ya estáis aquí y vamos al asunto.

— ¿De qué se trata? — preguntó Pedro sentándose en un gran canasto de caña que estaba en el suelo boca abajo, en tanto que Marcos se encaramó á horcajadas en un burro de madera que servía á su madre como de perchas para colgar su escasa ropa.

— Vuestro tío acaba de morir.

— ¿Y nosotros qué tenemos que ver con eso? Que el tal tío esté muerto ó vivo, lo mismo da.

— Ya os faltarían los socorros que él solía daros.

— No por amor, sino por miedo, — observó el perverso Marcos.

— Sea lo que sea, murió.

— Y bien: ¿qué adelantamos con su muerte? — dijo Pedro.

— Que ha fallecido, según estoy informada, súbitamente y sin haber testado.

— Pues todo lo que tenía será de todas maneras para sus hijos.

- O nó — repuso Librada.
- ¿Cómo que nó?
- Todo puede ser mío y vuestro.
- No lo entiendo, — murmuró Pedro.
- Tú no estás en autos.
- ¿En autos de qué?
- De lo que ha pasado, y de los derechos que tengo.
- Pues sepamos lo que hay.
- Tu tío se casó en Neiva ante la Iglesia, y nunca celebró matrimonio civil.
- Bien: ¿y qué más?
- Yo sé que la ley del Tolima declara nulo todo matrimonio no celebrado civilmente, ó no registrado ante notario, si se celebró antes de darse la ley.
- Creo que así será, según las buenas doctrinas que profesamos los amigos del progreso.
- Si el matrimonio de tu tío fué nulo, — añadió Librada, sus hijos no son hijos legítimos, y no tienen derecho á heredarlo.
- Ah! ya comprendo.
- Yo también comprendo el intrinsic — grito Marcos, mecendo en el aire la piernan, que le colgaban del burro de palo.
- Yo, como hermana legítima, soy la heredera ab intestato.
- Así puede ser, madre — dijo Pedro, poniéndose pensativo.
- Por lo mismo, si ponemos pleito á

á mis falsos sobrinos, podremos ser ricos.
— Madre, si Ud. ganara el pleito se
ría rica; pero nosotros.....

— Lo seriais al serlo yo.

— No tenemos garantía ninguna.

— Ah! ¿dudas de mí?

— Usted nos ha enseñado á dudar de
todo.

— Tienes razón. Pero voy á disipar
toda duda.

— Cómo? Si Ud. se casó años antes
que mi tío Terónimo, también cele-
braría matrimonio puramente e-
clesiástico; y entonces.... ningún
derecho tendríamos nosotros á la he-
rencia de Ud. Que nos quedaríamos
con el pecado del pleito (si pecado
fuera) y sin el género.

— Tu observación es exacta; pero....
tranquilízate.

— ¿Cómo así?

— Al saber yo lo que las leyes sobre
matrimonios disponían, previendo
que algún día tendría derecho á
pensión, ó á los bienes de Terónimo,
cuando tu padre volvió hecho pe-
dazos de la campana del Tolima,
en 1877, le exigí que nos casáramos
civilmente, y vino en ello.
Aquí está el certificado del nota-
rio de La Mesa.

Y diciendo esto Librada, sacó del
seno un papel doblado en cuatro
y sellado, que dió á leer á sus hijos.

Cuando Pedro hubo leído el documento, dijo, al parárselo á Marcos:

— Está en toda regla.

— Esto me parece bien, — dijo Marcos á su vez, — de suerte que bien puede ganarse la herencia. ¿Y lo de la pensión?

— Ah! eso se volvió haches y erres, — contestó Librada. — Fu padre tenía tan mala fama, que hasta el Gobierno del General Fruijillo, con ser que fué liberal y todo, me negó la pensión.

— Pues ya veremos si se logra la herencia.

— Sí, hijos. ¿Qué pensáis hacer?

— Como no tenemos ni cinco pesos propios nada podemos hacer sino no contamos con un socio que suministre los fondos para los gastos, — dijo Pedro.

— Eso es verdad, hijos. Hay que hacer toda diligencia para hallar ese socio.

— Lo trataré de hallar aquí, y si nadie quiere aventurarse, iré á buscarlo en Bogotá.

— Bien pensado, — murmuró Marcos.

— Pues, hijos, ¡manos á la obra!

Pedro y Marcos se dieron tres caídas por hallar el socio comanditario que había de ayudarles en el despojo legal de la familia Díaz, y procuraron tentar la codicia y la envidia de los que pudieran ser suficientemente viles para acometer la empresa. Pero el intento de los Pedreros era tan odioso, tan opuesto á la

moral, la justicia, el honor y la conciencia pública; Librada y sus hijos eran tan mal mirados en la mesa, y ~~tan~~ don Jerónimo y sus hijos tan estimados, que no hubo hombre alguno de respetabilidad siquiera mediana que se prestase á patrocinarse el negocio de la explotación de unos huérfanos dignos de todo aprecio.

Pedro Pedremoz resolvió irse á ~~solo~~ la busca de un socio en Bogotá, y entre tanto, Marcos renovó sus relaciones en los garitos, jugando de cují, que se dice ~~de~~ cuando los jugadores no ponen fondo alguno para sostener el juego y van á tratar de hacer ganancias sin aventurar nada en caso de pérdida. Librada aguardó el resultado con una inquietud y zozobra dignas de su perversidad y codicia.

Cap. III.

El conciliábulo.

Cinco personas. En de noche. En la tienda del vaso de plata, licorería y establecimiento de venta de licores y artículos de ranchero, ó comestibles y bebibles, billares y otros entretenimientos, que brillaba entre los muchos de su género en Bogotá, precisamente en una

de las principales calles de Bogotá, — hay seis ó siete jóvenes que han entrado á hacer por la vida (que así dicen), esto es, á tomar tragos; jóvenes de familias notables que, encanallados con el brandi^v, gastan los billetes de banco á montones por tomar traguitos homeopáticos del ardiente brebaje de Hennessy. Por que, así como un agudo bogotano y famoso médico, siempre de buen humor, había dicho que para hacer mercado en Bogotá era necesario llevar el dinero en canastos ó costales, y traer los víveres en saquitos ó en portamonedas, el brandi puro (que vemos decir, el terido por tal) se bebía por gotas y se pagaba con poca montonera de billetes de banco.

Al propio tiempo que en la tienda bebían los jóvenes — todos ellos pertenecientes á la gran crema de la crema de la Juventud bogotana, Juventud que se pica mucho de hacer distinciones entre leche y crema sociales, sin perjuicio de faltarle de arrar con ardor la democracia, y de no tener preocupaciones, acaso por decir ocupaciones, — en un salón interior, donde había dos billares y jugaban cubilete (1) se hallaba congregada la la gente seria y

(1) Llaman así un juego en que se gana haciendo cierto número de carambolas^v y se va perdiendo y pagando una cantidad determinada — un real, por ejemplo, por cada lora que se da y cada patito que

se turnaba de los cuatro que se ponían grave. Queremos decir que allí estaban congregados en respetabilísima confusión, cosa de doce caballeros de diez á ~~diez y ocho~~ ^{ocho} años de edad (veintena el que más) pertenecientes á la flor y nata de las familias de Bogotá, unos del todo imberbes, otros barbiplumientos apenas, que perfeccionaban su educación con el taca — sin perjuicio de amenizarla con traguitos, charca-villos y murmuraciones de la peor, y que así malgastaban el dinero de sus padres y el precioso tiempo de su juventud, seguros como estaban de que sus dichos progenitores, por no dejar mal puesto su nombre ó por debilidad, no dejarían de proveerles el bolsillo para llevar y sostener vida de buen tono.

Si en la ~~una~~ ^{una} fiesta al mostrador de la tienda se bebían y repetían tragos, y con acompañamiento de brindis estúpidos, y entre trago y trago se contaban anécdotas verdas, se hablaba de política, se soltaban bur-las á expensas de los "camanduleros" ó de los rabilargos (como el difunto General Mosquera había llamado á los conservadores y creyentes católicos), y se despedazaban reputaciones

se turnaba de los cuatro que se ponen en el centro de la mesa. El que gana el juego se lleva el cubilete, ó sea todo el producto de las multas.

á lengüetazas ó lengüetadas; en el salón de los billares se se dejaban oír ~~ruidosa~~ ruidosamente muchas voces en falsete, medio roncas y medio agudas, como rajadas, cual lo son las de los adolescentes, voces que se parecen, como un pepino á otro pepino, á los chillidos falsos pero estridentes que dan los pollos cuando comienzan á cantar y hacen diligencia por ser gallos.

Allí de los chistes vulgares, sin sal ni pimienta ni originalidad alguna, que el donoso Marroquín (hombre que ve mucho, no obstante el ser miope) llamó en cierta ocasión chistes de seiscientos sesenta y seis milésimos, por contraposición á la buena moneda de novecientos milésimos de fino; sin prever (vaya una imprevisión de rabilargo!) que, andando los pécaros tiempos, la moneda ~~de~~ sucia, imperfecta y fea llamada de 0,666 habría de constituir, si falta de oro, de buenos billetes de bancos y de plata de ley superior, la aristocracia de la moneda colombiana, en parangón con la vil escobola ó plata de 50 centavos de ley ilegal de 0,500, y con el papel moneda, que, por lo visto, ninguna ley había de tener. Allí (volvemos á decir del barroso salón de los billares) la humareda de doce ó más cigarrillos ardiendo todos á un tiempo, en bocas de diez á veinte años, compañeras de narices todavía

rococos; allí los dichos malignos y traídos por los cabellos, pero sin gracia alguna, de parte de los mozos adve-
nedizos, alternando con ocurrencias verdaderamente saladas, pero en
que la sal ática del bogotano autén-
tico iba ya mezclada con la es-
triccina de los nuevos tiempos. A
llí, á modo de retozos ó chanzas, las
patanescas travesuras de algunos bar-
biporientes, empeñados en parecer
hombres, á fuerza de hacer traba-
radas del peor gusto. Allí, en fin,
la maledicencia precoz y zurada,
ensayándose en ser impertinente
y antipática para elevarse más
tarde á la categoría de vil ca-
lumnias.

Don. De un lado y otro, afuera y
adentro, se oían exclamaciones, que-
tos y llamamientos: todos querían
servidos á la vez, y el tenderero y sus
sirvientes se multiplicaban median-
te una actividad vertiginosa, con
lo que el negocio producía mucho.

Y sí que producía. En Bogotá,
el orden de los negocios productivos,
ya por la cuantía de las ganancias,
ya por la facilidad con que son he-
chas, es el siguiente:

En primer lugar, el de político sin
escrúpulos, en cuya especulación en-
fran los contratos celebrados á puerta
cerrada con los Gobiernos.

En segundo lugar, el de los agiotistas, cuando tienen buenos entronques con personajes de la alta política.

En tercero, los que tienen tiendas de licores y casas de juego para la gente

En cuarto, los chibichinos distinguidos.

En quinto, las chicherías.

En sexto, los boticarios.

En séptimo, las panaderías, que dan el pan con verdaje (como dicen) "á diez y medio" reales por peso de ocho, pero disminuyen en circunferencia por ciento el peso y tamaño del pan.

En séptimo lugar, los usureros vergonzantes (competidores de los mal traídos Bancos), á quienes favorece mucho la humanitaria ley que limita y regula el interés del dinero.

En octavo lugar los polvoristas ó polvoreros, dado que no hay en el mundo conocido lugar donde se quemen más cohetes, fuegos y triquitrazos que Bogotá, por toda fiesta de iglesia, por todo baile popular, por toda boda de pobres, por todo acontecimiento político ó noticia de batalla ó escaramuza ganada..... (por los enemigos de los que la han perdido), por todo bautizo de arrabal, todo remate de edificio que se construye, y todo parrandes y mango ^{ry bureo} de diversiones tradicionales.

El tendero licorista y empresario de explotación de vicios hacia, pues, su re gocio con grande actividad y conciencia

(vendiéndolo todo al más alto precio posible), pero entre tanto, detrás de él, en uno de los centros de su renombrado establecimiento, otros procuraban hacer también su negocio, si no de especulación con los vicios comunes, sí de explotación de una gran mina: la legislación nacional. En lo último

En lo último de la trastienda, y con independencia de la publicidad del mostrador y del bullisio y la greca del salón de billares, cinco individuos, todos jóvenes (si es que la verdadera juventud, que es nobleza y gallardía, puede avenirse con la intriga y la cábala) estaban sentada en torno de una mesa redonda, cubierta con tapete de hule, en cuyo centro se hallaban cinco ó seis botellitas de cerveza, algunas de ellas avergonzadas de sentirse todavía llenas. Allí no se hacía ruido: se bebía en silencio y se hablaba en voz baja.

Uno de los cinco miembros del prudente conciliábulo era Pedro Pedreiros, vestido de camisa de percal, pantalón de dril oscuro, ruana negra de paño de dos faces, y sombrero blanco de paja, de los llamados suazas, de alas ~~en~~ extensas, copa muy alta y puntiaguda, ancha cinta negra y muy afada, torcido y lleno de manchas. A su derecha estaba un mozo á quien llamaban por apodo Porrilla, seguramente

porque tenía la nariz redonda, muy gruesa y ~~compa~~ en forma de porra ó de cabeza de ^{cachiporra}; y á la izquierda ~~quinaba~~ ^{quinaba} los ojos, por resabio, otro á quien nombraban Belzebú, sus amigos, rindiendo el debido homenaje á la perversidad de que tenía fama; al lado de éste fumaba con negligencia y aire de ~~grulla~~ ^{grulla} dormecida el eminente Fronpeta, llamado así por causa de una cualidad contraria á la que distinguía á Povidlo; tenía la nariz ^{larguísima pentagonal y} ~~enorme~~ muy aguileña, cual si con ella hubiera querido la Naturaleza darle un gancho para prenderse de la vida, y con la voz, muy desapacible y desabrida, le sabía toda por aquella nariz monumental, cuando hablaba parecía que trompeteaba. De ahí es que le llamasen Fronpeta.

Por último, al frente de Pedreros ostentaba su prodigiosa suficiencia, su oscura frente "cargada de profundos y luminosos pensamientos" (como él solía decir), y su figuilla que tenía al propio tiempo algo de la zorra, del gato y de la ardilla, un minúsculo ejemplar de la variedad colombiana de mestizos que nace de la india pura y el blanco de raza española. Tenía también su sobrenombre de colegio y le llamaban Petreta, ya porque vivía silbando ^{pasillos y aires de poperetas,} ya porque había comprobado que era fecundo en tretas ingeniosas. Carecía de todo aplomo y buen sentido, era petulante hasta el estado agudo de la fatuitis.

se distinguía por su locuacidad y audacia de lenguaje, tenía rica imaginación, con opulencia de ideas falsas y de confianza en sí mismo, era poeta (si poesía puede haber donde no hay fe en Dios ni en la virtud), y en todas las cosas ostentaba un cirrismo pasmoso, sin el menor asomo de dignidad y delicadeza. Aquel chiquitín, era todo que él lo sumo ^{cuatro} pies de figura corporal, citaba á cada momento él como en abono suyo, aquel célebre dicho de Cervantes: "En cuerpos pequeños buscad grandeza de alma, nobleza de corazón".... etc.

Entre los cinco personajes del conciliábulo — pues cuatro de ellos lo eran entre la "Juventud progresista" de Bogotá, y Pedro Pedreros lo era, y conspicuo, entre los gariteros de Anolaima y la Mesa; — los cinco personajes, decimos, eran todos abogados: Pedreros, doctor en pillerías de juzgado parroquial, por ministerio de su voluntad de finterillo ó picapleitos, y los cuatro, graduados en la Universidad nacional doctores en jurisprudencia, y por ende, modelos y flores escogidas de la nueva generación, hija de las nobilísimas doctrinas del sensualismo y el utilitarismo. Pero entre los cuatro doctorotes ó doctorcillos había diversidad en talentos y en importancia.

Fronpeta no brillaba por la belleza física ni moral: era alto, ~~plac~~quisimo, estebado, perniabierto y tan sumamente desgarbado que, cuando miraba al suelo, parecía una garza atisbando en la orilla de un pantano para ver si podía pescarse algún renacuajo. Tenía el alma envidiosa, esencialmente agresiva y malqueriente, y tan descreída que, si no lo fingía, llegaba hasta la petulancia y sequedad del ateísmo. Era ateo por la vanidad de desconocer á Dios y singularizarse. Decíase poeta y escritor público, pero lo ^{único} ~~mas~~ notable de su estilo era el desconocimiento de la lengua propia y la prodigalidad de galicismos. Era un doctor sin etimología posible, y había sido ya Senador, casi al salir de la Universidad, elegido por no sabemos qué legislatura de Estado soberano. Por lo Porrillo demás, el lenguaje de Fronpeta era siempre descapacible, incorrecto, hiriente, lleno de imágenes alambicadas, y de burlesco y satírico, y él tenía innegable capacidad... principalmente para los líquidos ardientes.

Porrillo era un charlatán de la peor estofa posible. Tenía incomparablemente menor talento que Retreta y Fronpeta, ó, por mejor decir, su talento era negativo y de hojarasca: consistía en una gran facilidad y frescura para mentir, para afear con la calumnia y con arteras retencencias las reputaciones mejor sentadas,

en repetir malos chistes improvisados con quince días de anticipación, y en afirmar y dar por cierto cuanto se le metía en la mollera. Carecía de corrillos, yá que no sabía escribir ni había sacado provecho alguno de sus estudios universitarios, su dicha consistía en propagar noticias por las calles, soltar chilindünas perversas, á modo de cartelón, en todas las esquinas, y pasearse en el atrio de la Catedral echando peroratas vulgares para componer el mundo, y hablando á gritos y riendo con ruidosas carcajadas para llamar la atención hacia su persona. Era jefe nato de las grandillas que iban á las barras del Congreso á insultar á los Senadores y Representantes que profesaban doctrinas moderadas, y en las reuniones de la Salud pública tronaba invocando la libertad y el progreso.

Seguramente Belzebú era, de los cuatro, el más notable por su capacidad y su talento de escritor; pero era también el más perverso y esrompido de todos. Era el discípulo más aprovechado de un profesor que había hecho de la botella su ídolo, y de Dios "su enemigo personal". Desde muy joven conocía todos los vicios, y sus mejores artículos de periódico y sus libelos más fulminantes, publicados

en forma de hojas sueltas fijadas en las esquinas de las calles, eran siempre escritos sobre las mesas de las botillerías ó tiendas de licores. Factábase con insolencia y grande aplomo de su ateísmo, y á trueque de producir sensación con un suelto de crónica ó una chilin-drina mordaz, no titubeaba para inventar una mentira aun la más grave.

Tenia capacidad clarísima, y, bien dirigido y sin perversidad de alma, habría podido ser un hombre de provecho. Por naturaleza tenía, para escribir, estilo muy notable, claro, vigoroso, incisivo y de fuerza en la dialéctica; pero, educado en la escuela de la presunción filosófica, la ~~na~~ negación de toda verdad moral ó religiosa y la constante aspiración á un orden revolucionario (si estos dos vocablos pueden andar juntos), era sofista por sistema, ignoraba la probidad en las ideas, y despreciaba cínicamente todo aquello que para la sociedad es respetable y los espíritus pervertidos llaman preocupaciones.

Noz hemos detenido en la pintura de todos estos mozos de mala índole exhibidos en los antros alcohólicos antros del Vaso de plata, porque todos esos tipos eran representantes de una generación y de una escuela social. Viejos de doce á veinticinco ó treinta años, habían crecido con el carácter envilecido y el

alma atrofiada; no conocían de la ju ventud, sino la petulancia, los aturdi mientos y los vicios, inconscientemente adquiridos; habían marrado leche de fatuidad revolucionaria y despi rado en espesa atmósfera de incredu lidad. A fuerza de aspirar aire vias mático, cada uno de ellos era un mias mo social. Llevaban, por falta de fe, la vejez, sin arrugar, en el co razón, y en la frente la mancha de pecados heredados de maestros co rruptores y de Gobiernos co rruptos.

Una vez bebido por todos los docto res del Conciliábulo el segundo vaso de cerveza (haciendo el garto Belzebú, que de ordinario no carecía de peretas), Pedro Pedreros formuló así el problema:

— Bien, caballeros: se trata de saber, en primer lugar, si mi madre tiene probabilidades de ganar el pleito, en caso de promoverlo.

— Para mí es claro el derecho de la señora doña Librada — dijo Por rillo.

— Las leyes to limentes son ter minantes.

— Sí, — observó Petreta — con su ficiencia de letrado — Pero hay que tomar también que tomar en cuenta la le y de Can sobre sucesión, de Cundina marca.....

— ¿Y eso para qué? — interrumpió Bel zebú.

— Porque en Cundinamarca están los bienes, y aquí se ha abierto el juicio.

— Eso es verdad; pero la legislación de los dos Estados es idéntica — observó Retreta.

— No importa. Yo tengo muy estudiado el punto — replicó Retreta.

— ¿Y qué has sacado en limpio? — tornó á preguntar Belzebú.

— Que la cuestión es difícil y habrá que meter mucho el hombro para salir adelante. Hay que dirigir un pleito en la Mesa, invigilar al otro aquí, y gastar dinero y ganar puntos de apoyo en los Juzgados y en el Tribunal.

— Se ganarán, y habrá abogados para todo! — exclamó Belzebú, entre avisado y sonoliento.

— Pero de ¿y si es necesario, la Salud pública nos ayudará! — agregó Porrillo haciendo un ademán amenazante.

— ¿Y dónde se podría enredar mejor la pita? — sugirió Frompeta, entre avisado y sonoliento. — ¿Aquí, ó en la Mesa?

— En la Mesa — se apresuró á decir Pedreros.

— Sí; pero es el caso que el pleito de la Mesa (que será de acción reivindicatoria con embargo y depósito), no podrá sostenerse por largo tiempo, — añadió piadosamente Retreta.

— ¿Por qué? — inquirió Pedreros.

— Porque la ley de Cundinamarca es terminante: todo pleito ó demanda que se entable contra el finado ó sus bienes, debe ser ventilado, por acumulación forzosa, ante el Juez que conoce del juicio de sucesión; y como este juicio es há radicalado en Bogotá, aquí ha de

traerse, más tarde ó mas temprano, el pleito que promovamos en la Mesa.

— Has hablado como un Cicerón moderno! — gruñó Porrillo.

— Pero en la Mesa se puede embrollar mucho el asunto de la vindicación... dijo Pedreros con aplomo.

— Revindicación! amigo Pedreros — corrigió Porrillo, siempre tumbán.

— Será preciso embrollar mucho.

— Pues! y mientras palos van y vienen... tendremos todos los bienes embargados y... algo se logrará con los depositarios y los...

— Eros no serán palos, sino pedras que van y vienen, interrumpió otra vez Porrillo, queriendo acomodarse un chiste tonto.

— ¿Por qué, señor? — preguntó Pedreros algo amostazado.

— Foma! porque tu es Petrus et Pedreros, y ha de producir piedras para el enemigo quien tiene tales ventajas.

— No digas sandeces, Porrillo! — repuso Petreta.

— Bah! si no puedo con mi genio.

Guardaron todos silencio por algunos instantes, y Petreta lo interrumpió diciendo:

— Bueno! Estamos en que el pleito es defensible ó defendible. Yo puedo dirigir todo lo de aquí, y Trompeta, que está ahora sin ninguna ocupación ni renta, puede encargarse de las

operaciones de la Mesa.

— Aceptado, — murmuró Trompeta bostezado.

— Me parece bien todo eso, — adicionó Porrillo.

— Ahora... arreglemos el asunto como negocio, tornó á sugerir Pedreta.

— Pues indiquen Ustedes las condiciones, y si me convienen... nos arreglaremos, — indicó Pedreros.

— Forno la palabra, — solfó Porrillo.

— Fómala.

— Aquí en este quinteto no hay sino una nota metálica, que es la mía.

Todos vosotros estáis limpios como patenas, y lo poco que atrapa Belzebú en su caja se le va en periódicos y hojas sueltas.

— Has dicho un evangelio! — se le escapó de cir á Trompeta.

— Primo! es prohibido aquí nombrar esa cosa. Los llamados Apóstoles no dijeron más que mentiras y patrañas.

— Tiene razón, primo! me retracto de mi la psur salassi lingue.

— Vuelvo al asunto, — continuó Porrillo, Si lo yo puedo poner fondos para los gastos del pleito.

— Es verdad. Entre otros, mi ^{decente} manuten ción en la mesa.

— Se entiende. Yo suministro, pues, los fondos, y en compensación pido la ter cera parte de lo que se gane con el pleito.

— Otra tercera sería para los dos aboga dos, — insinuó resueltamente Pedreta.

— Pero entonces..... ¿qué quedará para mi madre, mi hermano y yo? — preguntó Pedreros muy alarmado.

— Es claro y matemático — respondió Petreta: — queda la otra tercera parte.

— Eso es poquísimo!

— Ca! si la herencia vale más de cien mil pesos!

— Eso es muy exagerado.

— Estoy bien informado, replicó el terrible especulador Petreta.

— Pues mañana avisaré definitivamente lo que resuelvo, — ~~añadió~~ ^{contestó} Pedreros, levantándose para tomar su sombrero.

— Convenido. Aquí le aguardaremos á Ud.

Y bebiéndose los últimas ^{vasos} ~~copas~~ de cerveza, los cinco profesores en galera disolvieron el conciliábulo.

Al día siguiente hizo Pedreros nuevas diligencias, después de las anteriores infructuosas, para ver si alguien le ofrecía más; pero el negocio era tan infame, que no hubo ningún abogado conservador, independiente ó radical, que se respetase y tuviese alguna reputación, que quisiese enredarse en el negocio. Pedreros cerró, pues, el trato con Petreta, Perillo y Trompeta, y lo consignaron por escrito en papel sellado.

Cap. IV.

Vida campestre.

Pocos días después del fallecimiento de don Jerónimo, y por consejo de amigos de la familia, Juan Vicente se había presentado ante el respectivo Juez en Bogotá, pidiendo que á él y á sus hermanas dando aviso comprobado del fallecimiento de su padre, y pidiendo que á él y á sus hermanas se les nombrase curador, á cuyo efecto ~~fuéron~~ exhibieron las partidas de nacimiento. El Juez nombró el Curador y previno el conocimiento en el juicio de sucesión, y felizmente el nombramiento recayó en un hombre honrado, sincero amigo de la familia Díaz. Éste — que tenía por nombre don Pastor Bustos — una vez que aceptó y juró el cargo, contrató los servicios de un abogado respetable, y se apresuró á formalizar el juicio de sucesión, presentando todas las escrituras y documentos del caso, y promoviendo cuanto su asesorero creyó legal y conveniente.

Hallándose, como se hallaba la familia Díaz en la posesión legal y material de todos los bienes de la sucesión era urgente ir á cuidar de todo lo que existía en las provincias de Tequendama, mayormente cuando los sermientes requerían vigilancia y el trapiche de una de las haciendas reclamaba constante asistencia. Así, don Pastor Bustos aconsejó á Juan Vicente que desde

luego se trasladase á la Mesa y atendiese en persona á todos los intereses por allí vinculados; lo que hizo prontamente el ex-estudiante de medicina.

No tenía Juan Vicente, ni poco ni mucho, la experiencia necesaria para manejar aquellos negocios, puesto que su única ocupación había sido la de estudiar en los colegios y la Universidad; y aun cuando todos los años, durante los meses de vacaciones, había pasado entreteridas semanas en la Mesa, ó en la hacienda del Gualanday (la del río Apulo), ó en la de Los Chorritos (la ubicada en la hoya del río Bogotá), aquello había sido más bien asunto de diversión, descanso y entretenimiento, que no de aprendizaje formal de las faenas campesinas, si bien eran generalmente sencillas y de no difícil dirección.

Consistían las unas en atender á la molienda de las cañas en el trapiche de agua de Los Chorritos, conservar la miel en buen estado y venderla en la Mesa á los traficantes sabaneros que bajaban á comprarla en los principales días de mercado (los martes y miércoles) para lo cual previamente realizaban sus cargamentos de sal compactada, papas y harina de la Sabana;

en cobrar mensualmente, en la ciudad, los alquileres de dos casas y algunas tiendas situadas allí, además de la casa amueblada donde ~~que~~ donde se alojaba y vivía don Jerónimo cuando iba á pasar sus temporadas en la Mesa; y á cuidar de los ganados de ceba y de cría que medraban en los buenos pastos artificiales de Guadalupe, vendiendo de cuando en cuando, allí mismo ó en la ciudad, ó en Arapaima, los novillos gordos que estaban en sazón para la matanza, los quesos que se fabricaban todas las semanas, y los hermosos muleros que de la yeguada se iban arranzando.

Pero si Juan Vicente no tenía los conocimientos y experiencia de un campesino avezado á los trabajos agrícolas y pecuarios, sobrábale el instinto de los negocios que distingue á los hijos de las llanuras de Guayaquil, tenía el buen sentido natural del calentano, ~~acompañado~~ ^{acompañado} de la idea y el hábito de la economía, y gustábale el trabajo en toda ^{v necesaria} forma. Ninguna dificultad tuvo, pues, para aplicarse inmediatamente á reemplazar á su padre en las ocupaciones campesinas, y no hizo mal cuando vendió las primeras cargas de miel en el mercado de la Mesa; mercado sujeto á

(1) Carga de miel llaman los trapicheros la de trapiche, que se compone de tres botijas y hace, en zurtones, tres cargas de mula.

eventualidades y modificaciones de precios, las más imprevistas, según las circunstancias de producción de los artículos principales.

Lo más urgente era producir miel, para que no se perdieran las cañas, y porque el artículo escaseaba algo y estaba á buen precio, por causa de fuertes y prolongados veranos. Así, Juan Vicente se fué de preferencia á Los Chorritos, bonita, pintoresca y productiva hacienda, muy bien organizada. Vería su nombre á esta finca de tres vertientes íb ~~ab~~ ojos de agua que, brotando al pie de unas peñas, seguramente como filtraciones de la pedregosa meseta que da su nombre á la ciudad de la Mesa, brotaba corrian en menudas ~~y~~ rozuelos, por la fértil falda, como ocultos hifos de plata, y juntándose más abajo, á la sombra de un espeso matorral de guaduas y un frondosísimo caucho, formaban un arroyo cristalino que en caprichosas curvas y revueltas iba descendiendo por una pastal pardehesa de pasto de quinea para confundirse después, en la vega, con las aguas de una prolongada acequia tomada en el río Bogotá, bien arriba del Puente del Colegio.

La casa de habitación de Los Chorritos estaba demoraba en la parte alta de las tierras, y por su patio,

amplio, alegre, ~~y~~ ^y recorrido por numerosa prole de gallinas y pollos, estaba atraesado por el modesto pero risueño y pequeño arroyo que formaban los tres chorritos ó hilos de agua de las vecinas peñas. Estas peñas, de severo aspecto y bastante empinadas, dos grupos de hermosos cámbulos ~~de~~ espléndidamente enramados en las dos épocas de florecimiento, una gran mata de guadua no lejana, y la verdura de un pastalito de quincea que (donde se mantenía la obligada manga para cortar yerba para las bestias de servicio personal, formaban un primoroso marco de variedad de tintas verdes y pardas, dentro del cual se alzaba la casa de habitación. Dividíase ésta en tres cuerpos que formaban dos ángulos rectos: al frente las habitaciones principales y la salita; á un costado la despensa, la cocina y dos cuartos de criados, y en el otro la caballeriza el horno y un lugar excusado. Todo el patio estaba salpicado de graciosos arbustos floridos (rojos, ~~y~~ ^y habaños ó laureles-rosas, jazmines y mosquetrosales de mosquetas), y en el centro campaba un sopado raranjo, eternamente verde y frondoso.

Allí había vivido más frecuentemente don Ferónimo, y pasado ^{parte de} sus asuntos Juan Vicente y sus hermanas, por lo que el sitio era para el huérfano joven un lugar

muy querido, pero de tristes recuerdos a la sazón. No pasaba él allí sino las noches, cuando se regocija en dormir, y los momentos necesarios para almorzar y comer, pues casi todo el día y aun a primera noche tenía que estar trabajando en el trapiche, situado unas diez cuadras abajo, no lejos de la margen derecha del Bagotá. El trapiche, movido por el agua de la acequia, tenía su asiento en medio de vastas plantaciones de caña, las cuales se extendían desde las faldas del terreno, en gran parte cubiertas de pasto de Guinea, hasta la orilla misma del río, a lo largo de una angosta y fértil vega.

¶ La margen del río, cubierta por corpulentos cámbulos, payandés, guásimos y otros árboles espontáneos (1), contrastaba por la ^{altura de su} elevación de su vegetación y su matiz oscuro y severo, con el verde claro y vivísimo, casi amarillento, de los cañaverales, cuya vegetación nunca excedía de tres varas de altura. El río, con su eterno rumor de poderosísimo torrente, turbaba únicamente el general silencio que reinaba en los cañaverales y los prados; pero al acercarse a la ramada y casas del

(1) El cámbulo es árbol muy frondoso y elegante que en el Cauca ^{y Antioquia} llaman cuchimbo ó pisano, y en Santander Araco. El payandé es árbol espinoso, muy raquero y resistente, que crece en las tierras calientes, sobre

(23 vuelta)

53

+ + + El paisaje que se registraba con la vista desde la casa de Los Chovitos era al propio tiempo grandioso, variado y pintoresco. Abajo se divisaban los canavieceros y trapiches, en alguna lontananza, de San las haciendas de Calichana y San-Pedro; — vasta, muy valiosa y con edificios de teja y cafetales y pastales la segunda, é más de sus canavieceros de antiquísima fecha, y la primera de mediana extensión, con casas pajizas y reducida á sus productivas plantaciones de caña.

Al otro lado de la faja de altos arbolados de las orillas del Río, se veían los numerosos edificios de las haciendas de Santa-Pita, Frujillo y ... cuyos terrenos, elevándose por falda más ó menos rugosa, hacia la meseta del Colegio y las alturas vecinas, hacían remontar la mirada hasta la altísima, y penascosa y muy prolongada cresta del ramal de Carla cordillera Oriental que, después de dominar en Cincha el abismo monumental y maravilloso abismo del Sequendama, gira

54

(otro 88)

hacia el Oeste, con ^{muy} ligera inclinación
al Sur, separando con su mole los hondos
valles del Bogotá y el Fusagasugá.

Esto, en cinco días de la semana, de
martes á sábado, porque los domingos reí
naba en el trapiche una quietud general
un silencio tan sólo interrumpido por los
clarinetos de los gallos, los cacareos de las
gallinas y la ruidosa y descompasada
algarabía de las locas. Todos los peones, con
pretexto de oír misa, se iban á la mesa
desde muy temprano, y allí se gastaban
en el día y la noche todo lo que en bue
nos jornales habían ganado durante la
semana, pasando larguísima hora en
beber aguardiente, chicha ó guarapo, dis
putar por nada, diciendo tercas necedades,
Cantar torbellinos, mantas y bambutes al
son de tiples y bandolas, y no pocas veces
darse de moficones y golpes. El lunes dor
mían la fumia, ó la perra, ó la peñica ó
la franca (que todos estos y otros nombres
tierra boyachera) tirados por ahí bajo los ale
ros de las casas, en calles excavadas, ó en las
salitas de alcayata y candil donde se habían
divertido. ¡Pobre gente! ¡Qué han de hacer, sin
gores morales ni intelectuales, sin educación
alguna, sin familia casi todos, y anhelosos
de desquitarse, en cada día de descanso, del rudo
trabajo que los ha hecho sudar como acémilas durante la semana

todo, en las vegas húmedas y las orillas de los trapiche, la escena cambiaba de aspecto. Allí sonaba con estrépito la gran rueda, recibiendo en sus escalonadas tablas el chorro de la acequia para dar movimiento al trapiche; entre bambucos melancólicos, con voz un tanto ronca y desahuciable, los dos peones molidores, esto es, los que, sentados a los dos lados de los cilindros de hierro, metían incesantemente cañas entre las proclerosas masas para convertirlas en dulce, caldo y en bagazo; humeaba la alta chimenea arrojando columnas de humo pardo y espeso, producido por la lena y el bagazo seco con que se alimentaban las hornillas, para convertir el caldo de caña en espesa mill, hirviendo en numerosos fondos ó pailones de cobre con falcas de madera muy bien ensambladas; gritaban los fogoneros, de cuando en cuando, pidiendo lena y bagazo a los mozos que los allegaban de grandes pilas; llegaban de acá cada momento otros peones ó mozos simplemente vestidos de pantalón de manta azul, camisa de lienzo del país, sombrero de trenza de palma, camisa ó angosta ruana parada de lana Abanada rabo de mula y echada

todo, en las terras pedregosas y las orillas de los ríos y arroyos.

negligentemente sobre el hombro, y con los pies apenas calzados con quimbaz ó sandalias de cuero crudo. Llegaban, decimos, arriando mulas enfaezadas con argenas y cargadas de las amarrillentas y gruesas y nudosas cañas que otros hombres iban cortando en la vecina plantación; y apenas las descargaban bajo el alero de la ramada, dos muchachos las recogían para formar grandes pilas á los dos costados de los cilindros, que en breve las devoraban triturándolas con suma rapidez. Por

Por último, cuando sonaba la hora del almuerzo ó de la comida, y se tocaba llamada de peones con el sonoro cuerno, suspendíase el trabajo de ~~ag~~ acarrear y aglomerar cañas y molerlas, y entonces, descarrando hombres y bestias, servíase á los unos el succulento sancocho de plátanos y arroz con carne fresca ó salada, el plátano asado y el guarapo (1); en tanto que para las mulas de servicio se cortaba en trozos el ansiado cogollo (tallos verdes y hojoso de las cañas) que ellas mismas acarrea ban para sus nutritivos pienso de mañana y tarde. Y allí era el incompleto rebuznar de las acémilas,

(1) Llámase guarapo así el caldo fresco de la caña, como la bebida que se hace, muy refrescante, de agua con miel fermentada.

— híbridas que no alcanzan á heredar á de rechas, de sus discordantes progenitores, ni el agudo, ~~franco~~ alegre relincho, ni el sonoro y desatemplado rebuzno, grotesca mezcla de estentóreo berrido de trompeta, de lamentable gemido y de estridente silbido que parece medio ahogado en el estómago del asno. Allí era el terrible coccar de los hambrientos animales, que, agachando las orejas y tirando á morcler, parecían temer que no hubiese pasto para todos y se lo disputaban en su particular lenguaje, que es el de las patadas. Allí el gruñir y bufar de los perros y gatos y el picotear desordenado y ansioso de las gallinas, que iban á disputarse, entre los voraces peones, los huesos, las piltrafas y las sobras del caliente sancocho.

Añádase á todo lo descrito el fuerte olor de aguardiente de anís y mosto que despedía un alambique, montado para aprovechar las melazas, ó la miel misma cuando estaba á muy bajo precio; las hornillas del trapiche y del mismo saque ó aparato de destilación; el trabajoso resuello de unos patos que en el patio trataban de correr hacia un charco de la acequia, y se zarandeaban caminando hacia los costados, ad modo que las mujeres

(1) El sancocho auténtico y completo es una combinación de carne salada, plátanos verdes, yucas, y algunas papas y unos granos de arroz, con suculento y ardiente caldo.

muy gordas y pequeñas, cuando procuran correr huyendo de perros bravos; los orgullosos, aleteos y belicosos cantos de dos gallos que, á cierta distancia respetuosa, tocaban el clarín como desafiándose al que reuniera más gallinas en su respectivo territorio de Utah; y, por último, la vocinglería de dos loraz trepadas sobre un pequeño pero bien copado tamarindo, que parecían decir se mil verdulerías á fin de parecerse más á sus maestros de la especie humana; añádase todo esto, decimos, y se tendrá alguna idea de la actividad, el ruido y las escenas del tráfico.

De Los Chorritos pasó Juan Vicente, al cabo de pocos días, á ^{la} hacienda de Gualanday, tomando el camino de Anapoima, y bajando de allí por el de Copé, á las vegas del Apulo. Allí la escena era totalmente distinta, y la residencia tanto más apacible, cuanto el joven hacendado no tenía ni la menor sospecha del plan de espoliación que se había urdido en Bogotá y cuya ejecución se preparaba en la villa. No eran ya los hombres ni las corrientes de agua los objetos que producían ruido y animación en Gualanday (1) Allí todo era poteros, como

(1) Seguramente el nombre de esta hacienda provenía de un árbol que es uno

llamamos en Colombia ^{dehesas} los ~~prados~~ cercados, donde se crían ó ceban ganados; y, salvo la general monotonía de los pastales, sólo eran interrumpidas por las palmeras reales, alos cumuláes, capotes, narancuelos, quásimos y hobos dejados en pie de trecho en trecho para dar sombra á los animales, protegiéndolos contra los terribles ardores del sol de los veranos (1)

Un mayordomo, tres modos de rodeo, la cocinera y dos mujeres auxiliares para ordenar las vacas, y un muchacho que tenía á su cargo el carguío de agua, con un burro viejo, su inseparable compañero, componían el personal de la hacienda, en la que solamente había animales que cuidar, pastorear y rodear, en ocasiones curar de sus heridas, y á principios

(1) El cumulá es árbol poderoso y de muy rogosa corteza y menudo follaje, que da excelente madera de carpintería y para construcciones, por ser incorruptible; el capote, de follaje muy ocuro y menudito, es elegante y da sombra muy espesa, pero mala madera; el narancuelo, de hojas mediadas, florece mucho, embalsama el aire con exquisitos aromas, medra en todo terreno seco ó estéril y es de sombra excelente; mucha sombra dan también el quásimo, muy útil por el mucilago que produce para remedio de ^{bestias} ~~enfermas~~ ^{arboladas}

de los más hermosos y benéficos de las tierras calientes. Es alto, muy erizado, y su copa ~~se~~ semeja un paraguas abierto, tiene el follaje muy semejante al de la acacia. Cíbrese de abundantes y primorosos ramilletes de florecitas azules, y de todo él se extrae

de cada año apartar para ponerles en el corral ó la corraleja el fierro quemador.

Las tierras, que se extendían sobre la margen del Apulo y por hondoradas, húmedas y bajas colinas, estaban divididas en diversos potreros, alternativa-mente destinados á la ceba de novillos, á la greya de ganado de cría y á una hermosa yeguada que era constante semillero de muleros. Había cosa de trescientas cabezas de ganado de cría más de setenta yeguas con dos garrones (sibaritas mantenidos con pasto verde y fresco, maíz y panelas), y nunca faltaban trescientos novillos en ceba. En la veega había un plátano al para proveer á la hacienda del indispensable plátano verde y maduro, y en la parte alta y montuosa se echaban siempre maizales, que son, con los eternos plátanares, la bendición de Dios y el sustento de todos en las tierras salientes.

Las aguas del Apulo, que en su origen son cristalinas y excelentes, se enturbian

y construcción de suelos pisados y albercas bien zulaqueadas ó revocadas; y el hobo es excelente para cercas ó vallados, como naedero de mucha sombra, produce mucha goma, y da un fruto amarillo idéntico á la ciruela tropical ó americana, un zumo que, preparado en la medor, es efficacísimo remedio para enfermedad de la sangre, así como lo es la infusión del árbol llamado caratero.

y dañan por completo, desde que las en-
 riquece con las suyas, pizarrosa, y ne-
 gruecas, el río Curú, que desciende de las al-
 turas de Anolaima. Así, no son potables
 sino para los animales, y es fama que el
 beberlas ó bañarse en ellas causa fiebres in-
 territantes, amarillez en el cutis y aque-
 lla hipertrofia del vientro que el vulgo lla-
 ma fijipatera. El perezoso y patisotobado
 José (muchacho paperudo y muy descolori-
 do), ^{v y amigo,} compañero ^v y conductor de l
 viejo burro con letras de cuartel, iba tres
 veces en el día á traer en barriles el agua
 tolerable de una vertiente, la cual servía
 para el consumo de la gente de la hacienda
 y las necesidades de la cocina.

Sobre un pequeño otero que dominaba
 los potreros y bajos y la veega, estaba pin-
 torescamente asentada la casa de Guatán
day, pajiza y de bahareque, pero bien cons-
 truida, bien blanqueada, y mantenida
 y muy pintoresca. Daba la casa su
 frente al río, con prolongado corredor ex-
 terior, sostenido el alero por columnas de
 cunudá medianamente labradas, y nu-
 merosas puertas y ventanas; un cuerpo
 lateral contenía el comedor, la despen-
 sa, y la cocina y el cuarto de las criadas;
 en otro cuerpo, enteramente aislado pero
 poco distante, se veían el cuartito de
 guardar las manturas, los refos para
 endarzar ganados y los rajes, enjal-
 mas, cabezales y demás aparejos de
 servicio, y ~~la~~ pieza que habitaba el

Mayordomo \S Pedro Calleja (^{aquella} ~~y~~ ^{yo} ~~yo~~ ^{yo} tenía a su cuidado guardar las herramientas), otra y otra muy espaciosa y sin paredes, donde dormían y dormían los mozos de rodeo y demás peones. José roncaba de noche libremente en el caredor interior, tendido sobre medio cuero crudo de vaca, y allí daba con su papera ó coto conciertos gratuitos de flautín, pistón y contrabajo, según que al dar sus ronquidos gruñía, gorgoraba ó sibbaba.

Diez ó Por último, para cerrar el cuadro que las casas dejaban incompleto, frente al cuerpo de la cocina se alzaban los altos cercos de la corraleja, y más a fuera los del corral, formados con corazones de quayuca, dinde, y iguacito y dismate medio quemados y clavados en tierra, unos contra otros en filas, corraleja y corral donde se concernaban los becerros ^{de muchas} de las vacas de vía (todas) las tardes, se juntaban los ganados cuando se hacían rodeos, se apartaban los novillos gordos que iban á comprar los matadores de profesión, se curaban las heridas á las reses ó las bestias de silla, y se hacían las herranzas de animales que podían necesitar y resistir el fierro quemador.

Campaban en el centro del gran patio que había dentro del cuadrado, tres círculos americanos de liso tronco,

brazos descarnados ó muy desnudos de made-
 ra frágil ó vidriosa, y hojas menuditas, en
 cuyas ramaje brillaban, dos veces en el
 año, los olorosos racimos, ^{de ovaladas frutas} ~~de frutos~~, ro-
 tadas unas, amarillas otras, todas jugosas
 y más ó menos dulces; mientras que en
 fre las columnas de los corredores ó galerías
 de la casa principal perdían espesos fer-
 tones de peonías, bellas de noche y bellísi-
 mas, enredadas en innumerables quir-
 naldas, y cerca del alero de la cocina flo-
 recían dos ó tres rojos (llamados también
floridos, cayo islas en el Cauca y cayo-
 nas en la costa del Mar Caribe), arbus-
 tos que eternamente se engalanaban con
 sus grandes cálices de viva escarlata
 formados por cinco pétalos anchos y sedo-
 sos, entre los cuales descuellan, amarillo y
 grueso, un solo pistilo de incomparable
 gracia.

Apenas si llevaba Juan Vicente dos días
 de su fácil instalación en Guadanday, cuando,
 descansando negligentemente en su hama-
 ca, colgada en el centro mismo de la sa-
 la, y aspirando desde allí los balsámi-
 cos olores de las plantas preparatorias y
 de diez ó doce palmeras reales que de
 cerca rodeaban la casa, formándole
 como una oriental corona, cuando
 comenzó á ver desde su colgante lecho
 por el camino de la vega venía á
 ballo seis personas. Pero que fuesen
spradores de novillos gordos ó de muletas,

y preparó el ánimo para hacer con cierto su primer negocio de esta clase, dado que en lo de venta de ganados era tan bisón como lo había sido en la admis-
tración del trapiche.

Cap. V.

La tramoza y los tramozistas.

Después de concertar Petreota y Trompeta, con el mayor arte posible, el plan del pleito que habían de promover y sostener contra la familia Díaz, el segundo de aquellos turnantes del moderno foro colombiano se trasladó a la Mesa, donde procuró, durante algunos días, proveerse de los documentos e informes necesarios para entablar una acción que tuviese todos los visos de legal y admisible, relacionarse con el Juez del Circuito, su Secretario y Escribiente, y penetrarse bien de la importancia de los bienes que don Ferónimo había dejado.

Toda se le pasó por alto a Pelos Pedre-ros y Trompeta: las tres casas y cinco tiendas de la ciudad, todas "de sapia y seja", con el mueblaje de la una; la hacienda de Los Chorrillos, con todos sus aparatos, edificios, animales y erres; la de Guadalupe, con la ex- ración general de sus casas, gan- yeguada, garrañones y platanal;